

Prometeo arrepentido

La traducción de este libro ha sido posible gracias
a una subvención del Goethe-Institut.



Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Die Reue des Prometheus. Von der Gabe des Feuers zur globalen Brandstiftung*

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Suhrkamp Verlag Berlín, 2023

Todos los derechos reservados y gestionados
por medio de Suhrkamp Verlag Berlín

© De la traducción, Isidoro Reguera

© Ediciones Siruela, S. A., 2026

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 979-13-88032-53-0

Depósito legal: M-13.704-2026

Impreso en Anzos

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Peter Sloterdijk

Prometeo arrepentido

Del regalo del fuego
al incendio global

Traducción del alemán
de Isidoro Reguera

 Siruela

Biblioteca de Ensayo 95 (serie menor)

Bruno Latour, in memoriam

Índice

A «Metabolismo con la naturaleza»	13
B Trabajo esclavo y trabajo en general	21
C El mito de la libertad y la civilización pirotécnica	31
D Mundo moderno. El desplazamiento de la explotación	57
E Otras energías, otros fuegos	87
F Agradecimientos	121

«De todos los delincuentes el incendiario
es el más hipócrita».

GASTON BACHELARD,
Psicoanálisis del fuego (1938)

A

«Metabolismo con la naturaleza»

En un pasaje memorable de su obra cumbre *El capital* (1867) Karl Marx define el trabajo humano como un «proceso entre el ser humano y la naturaleza», un

proceso en el que el ser humano gestiona, regula y controla por su propia acción su metabolismo con la naturaleza. Se enfrenta a la materia natural misma como a un poder natural. Pone en funcionamiento las fuerzas de la naturaleza pertenecientes a su ser físico, brazos y piernas, cabezas y manos, para apropiarse de la materia natural.¹

¹ Karl Marx, *Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie*, vol. 1 (1867), *Marx-Engels-Werke (MEW)*, vol. 23, Berlín 1962, p. 192.

Desde una cierta distancia histórica parece justificado interpretar estas afirmaciones como el preámbulo a una antropología energética generalizada, relevante más que nunca en la actualidad (aunque las expresiones básicas «fuerzas de la naturaleza» y «materia natural» aparezcan todavía muy impregnadas del espíritu materialista del siglo XIX). Esencial y con perspectiva de futuro es sobre todo la palabra semimetafórica «metabolismo», con la que se tiende un puente de los fenómenos biológicos a los culturales. Cuando el «metabolismo» sucede en forma de trabajo, es decir, de esfuerzo humano racional, abandona la esfera de los automatismos naturales, como la fotosíntesis o la digestión de los carbonos y las proteínas; se convierte en un momento constitutivo de eso que se llama con razón «cultura», es decir, como un prototipo, un comportamiento humano, cognoscitivo y solícito, basado en repeticiones.

Lo que Marx no resalta explícitamente en ese punto es el hecho de que el encuentro de «fuerza» y «materia» no se activa solo mediante brazos y piernas, cabezas y manos. A esos «poderes naturales» anclados en la «corporalidad» se añade ya en la época prehistórica un agente extracorporal sin el que el susodicho «metabolismo con la naturale-

za» se habría quedado, como en otros animales, en un plano vegetativo, químico-microbiano. El agente extracorporal es el fuego, el cómplice más antiguo del *Homo sapiens* en su salida del círculo de las meras condiciones naturales. Él fue a la vez una de las dimensiones que los seres humanos pudieron interpretar como manifestaciones del principio trascendente de «fuerza» y «poder»: una metáfora inicial de Dios junto con las del viento, el rayo y el sol.²

Solo al entrar en el ámbito de lo manipulable fue posible en sentido estricto la asimilación de las materias naturales a las necesidades humanas. Mientras que lo crudo, en las «sociedades» tempranas, se consideraba aquello que permanecía natural, lo cocido se convirtió en el prototipo de lo asimilado, de lo transformado mediante la fuerza natural del fuego para uso humano, como Claude Lévi-Strauss mostró en uno de sus estudios mitológicos. Desde esta perspectiva está justificada la afirmación de que la técnica esencial —junto con la fabricación de armas de piedra para cazar y luchar— habría sido desde siempre la pirotecnia. Dado que el tono marxiano sigue quedando cerca en cuestiones de este tipo, habría que completar esta afirmación

² Roberto Calasso, *El ardor*, 2010.

con el enunciado de que toda historia de la humanidad hasta ahora significa la historia de las aplicaciones del fuego. Fue el joven Marx quien en su tesis doctoral escribió que Prometeo, en su calidad de portador del fuego del carro celeste de Helios a los seres humanos, era «el santo y mártir más distinguido del calendario filosófico».³

El poder asimilatorio del fuego se manifiesta en principio de forma preferente en la manipulación de alimentos, hace las presas de caza humanamente comestibles; sin la alquimia del calor no se consigue la transformación del trigo crudo en pan. El fuego manejable constituye la primera X en la fórmula «fuerza muscular más X» que describe el metabolismo del ser humano con la naturaleza mediante el trabajo. Constituye la energía diferencial que produce originariamente una distinción, la de lo crudo y lo cocido; además, el fuego separa el metal de los trozos de mineral, permite al martillo del herrero transformar hierro caliente en hojas afiladas.

³ Karl Marx, *Differenz der demokritischen und epikureischen Naturphilosophie* (1841) [trad. al castellano *Diferencia entre la filosofía de la naturaleza de Demócrito y la de Epicuro*, Gorla, 2022], MEW 40, pp. 257-373, p. 263.

Las palabras «fuerza» y «materia» remiten a los antiguos conceptos griegos de abstracción *dynamis* y *hyle*. Todavía en Homero *hyle* se refería inequívocamente a la madera, arbustos, bosque, mientras que en Aristóteles de la antigua madera había surgido la «materia» sin más, el origen de todas las cosas, lo contrapuesto en general a la «forma» (*morphé, eidos*). Vale la pena considerar que el concepto de materia de la física y metafísica clásicas, al menos etimológicamente, conserva un recuerdo lejano del primer combustible.

El régimen metabólico que caracteriza a las culturas humanas más antiguas sigue determinado por el momento —para muchos milenios— por el pequeño tamaño y la relativa insignificancia de su volumen de negocio masivo. Todavía los cazadores, pescadores, guerreros y recolectores, que utilizan el fuego, son casi por doquier demasiado débiles para destruir el poder reproductor de sus presas y los ciclos de crecimiento de sus entornos vegetativos. Más bien sucede que ya temprano se desarrolla una especie de sentimiento de la reciprocidad entre ser humano y naturaleza; algo que se manifiesta en el impulso protorreligioso de realizar servicios regenerativos y ofrecer víctimas u ofrendas de contraprestación a un mundo-entorno de espíritus,

antepasados y poderes numinosos. Por otra parte, desde hace algunos años los paleontólogos reconocen que las tribus inmigradas hace aproximadamente 50 000 años a Australia, hoy llamadas aborígenes, fueron las que con sus cacerías causaron la desaparición de los grandes animales de aquel territorio. Sería inapropiado atribuir sumariamente a los ancestros del ser humano actual algo así como una conciencia de relaciones ecosistémicas o un sentido de protección de los «recursos». Hallazgos de huesos al pie de la Roca de Solutré, cerca de la ciudad borgoñona de Mâcon, han revelado que cazadores de la Edad de Piedra, durante milenios, azuzaban caballos salvajes monte arriba hasta que de puro pánico saltaban al vacío; allí los animales, en caso de no morir al instante, eran matados a golpes y desentrañados por los compañeros de caza; un botín de carne quedaba asegurado para muchos días; todavía no se otorgaba un sello de calidad por la observancia de criterios de bienestar animal. El montón de huesos de caballo petrificados al pie del acantilado da fe de toda una era de una «economía» arcaica de despilfarro, imposible de incluir en los mitos corrientes sobre la unidad paleolítica de ser humano y naturaleza. Cuando aparecen explícitamente reglamentaciones pro-

tectoras, como en las leyes de cuidado del bosque de la antigua China o en las ordenaciones de la protección del agua de las *Constitutiones* de Melfi (1231) promulgadas por el emperador Federico II, es cuando se ven los primeros impulsos de una inteligencia ecológica altamente cultural.